

informacion, y á los cuales consagran pequeños fondos, seconvirtiesen en verdaderos proyectos politicos, que pasaban por los agentes mas elevados, que iban á parar hasta el ministerio mas importante, que es el de negocios estrangeros, y que costaban casi millones.

Los principes franceses mas comprometidos en aquellos proyectos, eran el conde de Artois, y su segundo hijo, el duque de Berry. El duque de Angulema residia entonces en Varsovia al lado de Luis XVIII. Los principes de Condé vivian en Lóndres, pero sin intimidad con los principes de la rama primogénita, y siempre agenos á sus proyectos. Tratábaseles como á soldados, constantemente dispuestos á tomar las armas, y únicamente á propósito para este papel. Mientras que el abuelo y el padre de los Condés estaban en Lóndres, el nieto, el duque de Enghien, se hallaba en el pais de Baden, entregado al placer de la caza, y á la pasion amorosa que sentia por una princesa de Rohan. Hallándose todos tres al servicio de la Gran Bretaña, habian recibido la orden de estar preparados á principiarse de nuevo la guerra, y habian obedecido como los soldados obedecen al gobierno que los paga: triste papel sin duda para los Condés, menos triste sin embargo que el de tramitar conjuraciones.

Hé aqui cual fué el plan de la nueva conspiracion. Insurreccionar la Vendée no presentaba ya probabilidad alguna; por el contrario, atacar directamente, en medio de Paris, al gobierno del primer consul, parecia un medio pronto y seguro de conseguir el objeto. Derribado el gobierno consular, nada habia ya posible, segun los autores

del proyecto, nada absolutamente sino los Borbones; empero como el gobierno consular estribaba todo entero en la persona del general Bonaparte, era indispensable destruir á este. La conclusion era forzosa; pero era menester destruirle de una manera segura; una puñalada, una máquina infernal, todo esto era de un éxito dudoso, porque todo esto dependia de la seguridad de la mano de un asesino ó de los azares de una esplosion. Quedaba un medio hasta entonces no ensayado, y por consiguiente no desacreditado todavía; consistia este en reunir cien hombres determinados, á cuya cabeza se pondria el intrépido Jorge; acometer en el camino de Saint-Cloud ó de la Malmaison el coche del primer consul; atacar su escolta compuesta solamente de diez á doce hombres de á caballo, dispersarla y matarle así en una especie de combate. De esta suerte habia la seguridad de no errar el golpe. Jorge, que era valiente, que tenia pretensiones militares y que no queria pasar por un asesino, exigia que asistieran tambien dos principes, ó por lo menos, que se colocaran á su lado, para que así reconquistasen con la espada en la mano la corona de sus antepasados. ¿Se creerá? ¡Aquellos espíritus pervertidos por la emigracion, se imaginaban que atacando así al primer consul rodeado de sus guardias, daban una especie de batalla y que no eran asesinos! Se creian iguales al noble archiduque Carlos combatiendo al general Bonaparte en Tagliamento ó en Wagram, y que solamente eran inferiores á él en el número de los soldados! Deplorables sofismas á que no podian dar crédito sino á medias, los mismos que los hacian, y que prueban en aquellos desgraciados



príncipes de Borbon, no una perversidad natural, sino una perversidad adquirida en la guerra civil y en el destierro! A uno solo entre todos aquellos hombres le estaba bien su papel: este era Jorge, pues maestro en aquel arte de sorpresas, formado para este mismo arte en medio de los bosques de la Bretaña, y ejerciéndolo á la sazón á las puertas de París, no temia ser relegado al rango de esos instrumentos, de que se sirve uno para repudiarlos en seguida, porque esperaba tener príncipes por cómplices. De este modo se aseguraba toda la dignidad compatible con el papel que iba á representar, y por su actitud atrevida delante de los tribunales probó bien pronto que no era el que se habia humillado en aquella coyuntura.

No es esto todo, era preciso despues del combate recoger el fruto de la victoria. Era preciso preparar todo para que la Francia se arrojase en los brazos de los Borbones. Los partidos se habian devorado unos á otros, y no quedaba ninguno que conservára un poder verdadero. Los revolucionarios violentos se habian hecho odiosos. Los revolucionarios moderados, refugiados al lado del general Bonaparte, carecian de fuerza. Solo quedaba en pié el ejército, y este era el que importaba conquistar. Pero estaba consagrado á la revolucion por la que habia derramado su sangre, y tenia una especie de horror á todos los emigrados, á quienes habia visto tantas veces con uniformes ingleses ó austriacos. Aquí es donde la envidia, eterna y perversa pasión del corazón humano, ofrecia á los conspiradores realistas útiles y preciosos socorros.

No se hablaba de otra cosa que de la enemis-

tad del general Moreau con Bonaparte. Ya hemos dicho en otro lugar que el general del ejército del Rhin, prudente, reflexivo y firme en la guerra, era en la vida privada negligente y débil, dejándose gobernar por cuantas personas le rodeaban; que bajo esta funesta influencia no se habia escapado del vicio de la envidia; que colmado de favores y atenciones por el primer consul le habia tomado ojeriza sin otra razon que la de ser él el segundo en el estado y el general Bonaparte el primero; en semejante disposicion de ánimo habia faltado Moreau á lo que la política exigia, negándose á seguir al primer consul á una revista, y que éste siempre pronto á devolver una ofensa, se habia abstenido de convidar á Moreau al festin que se daba anualmente en celebridad de la fundacion de la República; que Moreau habia cometido la falta de ir á comer aquel mismo dia en traje de paisano con oficiales descontentos en unos de esos parages públicos donde podia verle todo el mundo. Hemos contado estas miserias de la vanidad que comienzan entre las mugeres por vulgares rencillas y van á terminar entre los hombres por escenas trágicas. Si es difícil evitar una desavenencia entre personajes de alta categoria, lo es mucho mas cortarla una vez declarada. Desde aquel dia no habia cesado Moreau de mostrarse mas y mas hostil al gobierno consular. Cuando se concluyó el concordato, gritó que se trataba de reproducir la dominacion de los sacerdotes; cuando se instituyó la Legion de Honor, gritó que se iba á restablecer la aristocracia, y en fin gritó que se iba á restablecer la monarquía cuando se constituyó el consulado perpétuo. Habia concluido



por no presentarse en casa del gefe del gobierno ni en la de ninguno de los cónsules. La renovacion de la guerra hubiera sido para él una ocasion honrosa de volver á presentarse en las Tullerias para ofrecer sus servicios, no al general Bonaparte, sino á la Francia; pero Moreau arrastrado poco á poco en aquellas vias del mal donde los pasos son tan rápidos, habia considerado en el rompimiento de la paz mas que la desgracia del pais, el descalabro de un rival detestado, y se habia colocado aparte para ver cómo saldria de su apuro aquel enemigo que él mismo se habia creado. Vivía, pues, en Grosbois en medio de las comodidades, justo premio de sus servicios, como pudiera hacer un gran ciudadano, víctima de la ingratitude del príncipe.

El primer consul se atraia rivales y enemigos por su gloria, y se los atraia tambien por su familia. Murat, á quien por largo tiempo habia reusado elevar al rango de su cuñado, que con un corazon escelente, talento natural y valor caballeresco, se servia algunas veces muy mal de todas estas cualidades, Murat lleno de una vanidad que disimulaba delante del primer consul, pero que mostraba libremente desde que no se hallaba á la vista de aquel gefe severo, ofuscaba á los que siendo demasiado pequeños para envidiar al general Bonaparte, envidiaban á lo menos á su cuñado. Habia, pues, rivales grandes y pequeños, y unos y otros se agrupaban al rededor de Moreau. En París, durante el invierno y en Grosbois durante el estio, habia una córte de descontentos donde se hablaba con una indiscreccion sin límites. El primer consul lo sabia y

se vengaba de ellos, no solamente por el progreso constante de su poder, sino tambien por medio de desprecios públicos y notorios, pues aunque por largo tiempo se habia impuesto una estrordinaria reserva, habia acabado por no contenerse y devolvía á la mediocridad sus sarcasmos, si bien los suyos eran los del genio; sarcasmos que se repetian por lo menos tanto como los que salian de la sociedad de Moreau.

Los partidos inventan las enemistades que no existen á fin de servirse de ellas, y con mucha mas razon se sirven pronto y pérfidamente de las que existen; así es que no tardó en verse Moreau rodeado de personas interesadas en fomentar la desavenencia con el general Bonaparte, y si habia de dar crédito á los descontentos de todos los partidos, él era el general cumplido, el ciudadano modesto y virtuoso, y el general Bonaparte el capitan imprudente y afortunado, el usurpador sin genio, el corso insolente que se atrevia á derribar la República y escalar las gradas del trono ya restablecido. Era preciso, decian, dejarle perderse en una empresa loca y ridicula contra la Inglaterra, y guardarse de ofrecerle su espada. Así es que despues de haber tratado al vencedor de Egipto y de Italia como un aventurero, se trataba á la expedicion patriótica á que con tanto celo se consagraba, como la mas extravagante de las calaveradas.

Aquellas desgraciadas divisiones daban suma facilidad á los conspiradores de Lóndres para urdir la segunda mitad de su proyecto. Ante todas cosas era preciso ganar á Moreau, y por medio de éste al ejército; y entonces muerto el primer



consul en el camino de la Malmaison, ganado Moreau vendria á la cabeza del ejército á reconciliar aquella temible parte de la nacion con los Borbones que habian tenido el valor de reconquistar su trono con la espada en la mano. Pero ¿cómo acercarse á Moreau que estaba en París rodeado de una sociedad enteramente republicana, mientras que en Lóndres se hallaban los conspiradores en medio de lo mas escogido de los chuanes? Necesitábase, pues, una persona intermedia. Desde el centro de los desiertos de América habia llegado una, muy ilustre, muy decaida por la falta de su primera ilustracion, pero dotado de grandes cualidades y adicto á la vez á los realistas y á los republicanos: era este Pichegrú, el vencedor de Holanda, deportado por el Directorio á Sinnamari. Habíase escapado del lugar de su deportacion y habia venido á Lóndres, donde vivia con el secreto deseo de no detenerse allí y de volver á Francia aprovechándose de la política que llamaba sin distincion á los culpables ó victimas de todos los partidos. Pero la guerra suspendida por un instante habia vuelto á encenderse muy pronto, y con ella despertaban las ilusiones y las locuras de los emigrados, á quienes Pichegrú habia enagenado su libertad, enagenándoles su honor. Habíanle comprendido, casi á pesar suyo, en la conspiracion, encargándole que fuese para con Moreau la persona intermedia que necesitaban para adherir este último á la causa de los Borbones, y para fundir en un solo partido á los republicanos y realistas de todos los matices.

El plan que se habia adoptado concordaba bastante con ciertas apariencias del momento,

para ser especioso, y muy poco con la realidad para llevarse á buen término, pero de todos modos presentaba mas probabilidad de la que necesitaban los impacientes que todo lo hallaban bueno con tal que se agitasen, y llenasen con estas agitaciones la pesada ociosidad del destierro.

Era preciso volver á Francia, á donde si Jorge queria que le siguieran uno ó dos príncipes, no exigia sin embargo llevarlos inmediatamente consigo, pues opinaba que era preciso prepararlo todo antes de hacerlos venir, á fin de no esponerlos inútilmente á una estancia prolongada en París á la vista de una policia vigilante. Decidióse, pues, á partir el primero, y volverse á París para organizar allí el bando de chuanes con quienes debia atacar la guardia del primer consul. Durante este tiempo debia Pichegrú ponerse en comunicacion con Moreau, primero por medio de un agente, y despues de una manera directa trasladándose él mismo á París. En fin, cuando se hubiese preparado todo por ambas partes, cuando se pudiera contar á un mismo tiempo con los chuanes para dar el combate, y con Moreau para asegurar la adhesion del ejército, los príncipes vendrian los últimos la vispera ó el dia de la ejecucion.

Una vez acordado todo esto, Jorge acompañado de una tropa de chuanes, con cuya resolucion y fidelidad podia contar, dejó á Lóndres para volverse á Francia. Todos estaban provistos de armas como malhechores que iban á recorrer los bosques, y Jorge llevaba ademas en un cinto mas de un millon en letras de cambio, dinero que, sea dicho de paso, no facilitaban los príncipes fran-



ceses reducidos á la mayor estrechez para vivir. Las sumas, pues, que circulaban entre aquellos emprendedores de conjuraciones procedían de la fuente comun, es decir, del tesoro británico.

Un oficial de la marina real inglesa, el capitán Wright, marino intrépido, que mandaba un buque ligero, recibía en Deal ó Hastings á los emigrados viageros, y se encargaba de desembarcarlos en el punto de la costa que designasen. Desde que el primer consul, bien advertido de los frecuentes desembarcos de chuanes, habia mandado guardar con mas cuidado que nunca las costas de Bretaña, habian cambiado de direccion y pasaban por Normandía. Entre Dieppe y el Treport, á lo largo de una ribera escarpada, llamada Biville, habia una salida misteriosa practicada en una hendidura de la roca, y frecuentada solamente por los contrabandistas. En la cumbre de la roca habia atado fuertemente un cable, que bajando por aquella hendidura venia á caer en el mar. A un grito que servia de señal, los secretos guardianes del paso arrojaban el cable, que el contrabandista cogia y con cuyo auxilio subia al precipicio, que tenia de altura sobre trescientos pies, llevando un pesado fardo sobre sus espaldas. Los confidentes de Jorge habian descubierto este camino que habian pensado en apropiarse para su uso, lo cual era facil con el dinero de que disponian. Para completar la comunicacion con París, habian establecido una serie de albergues, ora en quintas aisladas, ora en castillos habitados por nobles normandos, realistas fieles y discretos que salian poco de su retiro. De este modo se podia llegar de la ribera de la Mancha á París, sin

pasar por un camino real y sin tocar en posada alguna. En fin, para no comprometer aquel camino frecuentándolo demasiado, lo reservaban á los personajes mas importantes del partido. El dinero profusamente derramado entre alguno de aquellos realistas, cuyas habitaciones se tomaban prestadas, la fidelidad en los demás, y sobre todo el alejamiento de los lugares frecuentados, hacian dificiles las indiscreciones y seguro el secreto por algun tiempo.

De este modo fué como Jorge penetró en Francia. Embarcado en el buque del capitán Wright, saltó en tierra al pié de la ribera escarpada de Biville el 21 de agosto (1803), en el momento mismo en que el primer consul inspeccionaba las costas. Salvó el paso de los contrabandistas, y de albergue en albergue, llegó con alguno de sus mas fieles oficiales hasta Chaillot, en uno de los arrabales de París, donde se le habia preparado un alojamiento, de donde podia salir de noche y venir á París, ver allí á sus asociados y preparar el golpe de mano para el cual se habia vuelto á Francia.

Animoso y sensato, Jorge tenia las pasiones pero no las ilusiones de su partido, y juzgaba mejor que los demás lo que era practicable, intentando con el valor lo que los emigrados, sus cómplices, intentaban por obcecacion. Al llegar á París, vió pronto que el primer consul no estaba despopularizado, como le habian escrito á Londres; que los realistas y los republicanos no estaban tan dispuestos á lanzarse en el camino de las aventuras, como le habian anunciado, y que allí como siempre, la realidad distaba mucho de



las promesas. Pero no era el hombre que se desanimaba facilmente, ni sobre todo que tratase de desanimar á sus asociados participándoles sus observaciones. En su consecuencia puso manos á la obra, reflexionando que despues de todo, para dar un golpe de mano no se necesitaba de la opinion pública: muerto el primer consul, se obligaria á la Francia, á falta de otra cosa mejor, á echarse en brazos de los Borbones. Desde el fondo de su impenetrable oscuridad envió emisarios á la Vendée para ver, si con motivo de la conscripcion, estaba dispuesta á sublevarse de nuevo, y si los conscriptos de aquel pais decian, como en otro tiempo, que servir por servir, valla mas empuñar las armas en contra que en favor del gobierno revolucionario. Pero halló la mas completa inercia en la Vendée. Su nombre solo, entre todos los nombres vendeanos, habia conservado algun prestigio, porque se le consideraba como un realista incorruptible que habia preferido el destierro á los favores del primer consul. Habia simpatias en favor del representante de una causa conforme con las mas secretas afecciones de la poblacion, pero recorrer los bosques y los caminos reales no era del gusto, ni de la aprobacion de nadie. Por otra parte los sacerdotes, verdaderos inspiradores del pueblo vendeano, estaban adheridos al primer consul, y todo lo que se podia esperar eran algunos reclutamientos insignificantes; pero lo que mas debia desconsolar á los conspiradores, era que ya no se encontraban como antes tantos chuanes determinados, que estaban dispuestos á todo, mas bien que á volver á sus ocupaciones laboriosas y pacificas. Era pre-

ciso sin embargo encontrar algunos, y que fuesen á la vez valientes y discretos. En dos meses que hacia ya que Jorge estaba en Paris, apenas habia podido reunir unos treinta hombres, á quienes no se decia el objeto de su reunion, ni se daban á conocer unos á otros. Sabian solamente que se los destinaba á una empresa próxima en favor de los Borbones, lo cual les convenia; y entre tanto se les pagaba bien, lo que no les convenia menos; preparándoles Jorge en secreto uniformes y armas para el dia del combate.

Desde el seno del misterio en que vivia, y con muchas precauciones, aunque no era de su incumbencia la parte del proyecto relativo á los republicanos, habia querido saber si los asuntos marchaban mejor por esta parte que por la de los realistas, y al efecto trató de sondear por medio de un breton fiel al secretario de Moreau, llamado Fresnieres, el cual era tambien breton y estaba ligado con los partidos, aun con Mr. Fouché. Esto equivalia á pasar bien cerca del peligro, por que en aquel momento estaba muy alerta Mr. Fouché, deseoso de aprovechar una ocasion en que pudiera ofrecer sus servicios al primer consul. Fresnieres nada dijo que pudiera inspirar el aliento y la confianza con respecto á Moreau, y sus respuestas fueron á lo menos, insignificantes. Jorge no las tuvo en cuenta y resuelto á intentar lo todo, recomendó la actividad á sus agentes de Londres, por que comprometido en medio de Paris despues de tantos meses, corria allí inutilmente los mayores peligros.

Mientras que Jorge estaba así ocupado, los agentes de Pichegrú habian obrado por su parte y



puéstose en comunicacion con Moreau. Antiguos factores de provisiones, especies de hombres que llegan á ser á veces los ayudantes de los generales, recibieron el encargo de llevar algunas palabras á Moreau, de parte de Pichegrú. Preguntáronle si se acordaba de este antiguo compañero de armas, y si le guardaba todavía algun rencor; y en verdad que no era Moreau quien debia querer mal á Pichegru, á quien habia denunciado el Directorio entregando los papeles del fulgon de Klinglin. Poseido además del ódio presente, no era capaz de pensar en los resentimientos pasados. Así es que no espresó mas que benevolencia y hasta simpatia por las desgracias de aquel antiguo amigo. Entonces le preguntaron si queria interesarse por Pichegrú, y valerse de su influencia para obtener su entrada en Francia. ¿Porqué el armisticio concedido á todos los soldados de Condé, no se habia de conceder tambien al vencedor de la Holanda?... Moreau contestó que deseaba ardientemente la vuelta de aquel antiguo compañero de armas; que consideraba aquella vuelta como un acto de justicia debido á sus servicios; que contribuiria á ella con mucho gusto, si sus relaciones actuales con el gobierno se lo permitian; pero que indispuesto con los hombres que gobernaban, no volveria á poner los pies en las Tullerías. Despues vinieron naturalmente las confidencias sobre sus agravios, sobre su aversion al primer consul y sobre su deseo de ver pronto á la Francia libre del penoso yugo que la imponia.

Adivinada la disposicion de ánimo en que se hallaba Moreau, emplearon como persona inter-

media para entenderse con él, á uno de sus antiguos oficiales, el general Lajolais, uno de los confidentes mas peligrosos que podian ser admitidos en la intimidad de un hombre débil que no sabia gobernarse. Lajolais era pequeño y cojo, notablemente dotado del espíritu de intriga, lleno de necesidades y casi reducido á la indigencia. Para captar su voluntad se envió á un desertor de los ejércitos republicanos, disfrazado de mercader, con cartas de Pichegrú y una fuerte suma de dinero, y en verdad que no le costó gran trabajo hacer aquella conquista. Ganado, pues, Lajolais, cómplice ya de la conspiracion, se adhirió á los pasos de Moreau y le arancó facilmente la confianza de su ódio y de sus deseos, que á nada menos tendian que á destruir el gobierno consular por todos los medios posibles. Lajolais no se aventuró hasta el punto de presentar abiertamente proposiciones; pero crédulo como son todos los mediadores, imaginó que no faltaba mas que decir una palabra á Moreau para decidirlo á tomar una parte activa en la conspiracion, y si creyó mas de lo que habia, dijo á sus mandatarios mas de lo que creia. Así es como se urden las tramas de esta especie, por agentes que se engañan á sí mismos en una mitad, y engañan en la otra á los que los emplean. Lajolais dió, pues, las mayores esperanzas á los enviados de Pichegrú, y apremiado por ellos, consintió en partir para Lóndres, á fin de ir él mismo á informar de todo verbalmente á los altos personajes de quien habia llegado á ser instrumento.

Lajolais y su conductor se vieron obligados á



pasar por Hamburgo á fin de llegar á Londres con mas seguridad, pero de este modo perdieron mucho tiempo. Al desembarcar en Inglaterra, supieron que las autoridades británicas habian dado las órdenes necesarias para que fuesen recibidos inmediatamente. No tardaron en llegar á Londres, y en ser presentados á Pichegrú y demás autores de la intriga. La llegada de Lajolais llenó de una alegría tan loca á todas aquellas almas impacientes, que el conde de Artois tuvo la imprudencia de asistir á aquellos conciliábulos, comprometiendo en ellos su rango, su dignidad y su familia, y aunque es cierto que solo los principales conjurados le conocian, sin embargo, la vivacidad de sus sentimientos y de su lenguaje llamó la atencion, y pronto fué de todos conocido. Al oír el conde de Artois contar á Lajolais con ridícula exageracion todo lo que habia sabido por boca de Moreau, y afirmar que Pichegrú no tenia que hacer mas que presentarse para arrastrar la adhesion de aquel general republicano, no pudo contener ya su alegría, y exclamó:—Si nuestros dos generales están de acuerdo, pronto estaré de vuelta en Francia.—Estas palabras no pudieron menos de atraer sobre el príncipe las miradas de los conjurados, quienes preguntaron y supieron que el personaje que en aquellos términos se expresaba, era el primer príncipe de la sangre, hijo de reyes, llamado á ser él mismo rey, á quien la influencia corruptora del destierro conducia á actos tan poco dignos de su rango y de su corazón. Era tan grande la satisfaccion, dice uno de los agentes, que mas tarde reveló todos estos detalles, *que si hubiese estado presente el rey de In-*

*glaterra habria querido formar parte de la expedicion (1).*

Los conjurados acordaron volver sin mas dilaciones á Francia para dar la última mano á la ejecucion de la empresa. Ya era tiempo de darse prisa, porque si el infortunado Jorge quedaba solo en la vanguardia en medio de los agentes de la policia consular, corria los mas graves peligros; así es, que para que no se creyera abandonado, le enviaron á fines de diciembre otro destacamento de emigrados, y aun se resolvió que esta vez se embarcase para Francia el mismo Pichegrú acompañado de los principales personajes, tales como Mr. de Riviere y uno de los señores de Polignac, y que marcharon á reunirse con Jorge por el camino facilitado al intento. Luego que estos nuevos enviados lo tuviesen todo preparado y cuando Mr. de Riviere, que era el que obraba con mas aplomo, afirmase que habia llegado el momento, y que la empresa proyectada estaba bastante madura (2) para que pudieran arriesgarse los mismos príncipes, pasarian á Francia el conde de Artois ó el duque de Berry, o ambos juntos para tomar parte en el proyectado combate contra la persona del primer consul.

(1) Estas palabras, así como toda la relacion de este deplorabile asunto, están tomadas con escrupulosa fidelidad del voluminoso proceso que se formó, y del cual una parte ha visto la luz pública, y otra ha quedado en los archivos del gobierno. Nosotros no hemos admitido como dignos de fé mas detalles que los que están fuera de duda, así por la conformidad de todas las revelaciones como por el carácter evidente de verdad de que se hallan revestidos.

(2) Véase mas adelante la deposicion de Mr. de Riviere.



Pichegrú partió, pues, con los principales emigrados franceses para aquella expedición, donde iba á sepultar para siempre su gloria ya marchita, y su vida que debia haber empleado de otro modo. Partió en los primeros dias del año 1804, se embarcó en el buque del capitán Wright, y desembarcó en la misma costa de Biville el 16 de enero. El vencedor de Holanda, acompañado de las personas mas ilustres de la nobleza francesa, tomó el camino de los contrabandistas, halló á Jorge que habia venido á su encuentro hasta cerca del mar, y de albergue en albergue atravesando los bosques de la Normandía llegó á Chaillot el 20 de enero.

Jorge no tenia reunida toda su gente; pero atrevido como era, estaba dispuesto á lanzarse sobre el coche del primer consul y herirle infaliblemente. Sin embargo era preciso entenderse de una manera definitiva con Moreau para estar seguro de que este golpe de mano seria secundado y protegido. Los medianeros fueron á verle otra vez, y le dijeron que Pichegrú habia llegado secretamente y deseaba hablarle. Moreau consintió en ello, y no queriendo recibir á Pichegrú en su casa, le dió una cita para la noche en el Boulevard de la Magdalena. Pichegrú asistió á ella. Hubiera querido estar solo, porque era frio, prudente, y gustaba poco de aquella sociedad de gentes vulgares y agitadas, que le asediaban con su impaciencia, y cuya compañía era el primer castigo de su conducta. Pichegrú concurrió á la cita con un número crecido de personas, y sobre todo, con Jorge, que queria examinarlo todo con sus propios ojos para saber sobre que fundamento

iba á arriesgar su vida en una tentativa desesperada.

En una noche oscura y fria del mes de enero á una señal convenida, se avistaron Moreau y Pichegrú. Era la primera vez que volvian á verse desde el tiempo en que combatieron juntos en las orillas del Rhin, cuando su vida era irreprochable, y su gloria sin mancilla. Apenas se habian recobrado de la emocion que debian producir tantos recuerdos, cuando se presentó Jorge y se dió á conocer. Moreau se sorprendió, se mostró de repente frio, visiblemente descontento, y aun manifestó á Pichegrú el desagrado que le causaba semejante encuentro. Fué preciso separarse sin haber dicho nada significativo ni útil, debiendo volver á verse de otra manera y en otra parte.

Este primer encuentro produjo en Jorge la mas desagradable impresion. — Esto va mal, fueron sus primeras palabras. Pichegrú temió haberse aventurado un poco. Sin embargo, los intrigantes que servian de mediadores vieron á Moreau, y no disimulándole nada, le dijeron que se trataba de conspirar para derribar el gobierno del primer consul. Moreau no se oponia á la caída de aquel gobierno, por medios que sin ser enunciables podian sin embargo adivinarse; solamente mostró una repugnancia invencible á trabajar en favor de los Borbones, y sobre todo, en mezclarse personalmente en semejante empresa. Aprovechar en favor de la República y en favor suyo la caída del primer consul era su evidente ambicion, pero semejante asunto solo podia tratarse entre Pichegrú y él. Esta vez le recibió en su propia casa, y despues de muchos incidentes que estu-